

corona de la belleza en todo el universo. Eran las dos de la mañana, cuando acabó de trazar su testamento. Miró de nuevo, al concluirlo, al reloj, y recordó que solamente le quedaban ya seis horas de vida en el mundo y en el tiempo. A esta reflexión tristísima, recogió todos los papeles con cuidado y los encerró en una artística arquilla con esmero. Aquel fué ya como el acto último de su vida precedera y como el ingreso en la eternidad. Desde tal punto sólo pensó la infeliz en Dios. Cerradas bajo llave las reliquias de su vida mortal, como pudieran cerrarse los restos de su cuerpo en el ataúd, María fué ya totalmente para la muerte. En seguida que se resolvió á pensar tan sólo en sus últimos instantes, demandó con grandes instancias la presencia de su confesor para que constase, ya que tan tiránicamente la negaban este último consuelo, con qué fervor había pedido los auxilios de la Iglesia, en cuyo seno moría, y los santificadores sacramentos. Después abrió la vida de los santos, y buscó los pecadores arrepentidos á tiempo de sus culpas y perdonados por la Divina misericordia. Sus ojos se fijaron pronto en la relación evangélica del Buen Ladrón, que señala indudablemente cómo ha concluido la edad terrible de la cólera Divina y ha comenzado la edad misericordiosa del perdón y de la gracia. En efecto, aquella voz exhalada y oída en el momento mismo de consumarse la grande iniquidad, cuando los verdugos acaban de clavar á Cristo en el madero sobre las alturas del Gólgota, muestra y revela cómo la gracia Divina puede penetrar hasta en los abismos profundos de la tierra y convertir á las últimos y más desdichados mortales en verdaderos ángeles del cielo. No pudiendo María, por la turbación de sus ojos, leer ella misma estas páginas, entrególas á una de sus azafatas, y mientras ésta, con voz profundamente conmovida, las leía, levantaba ella los brazos al cielo, en demanda y súplica de ser también, como aquel mísero ladrón, perdonada. La fatiga de tales emociones, el apresuramiento empleado para disputarle su corriente al tiempo y atajarla en lo posible, á fin de manifestar y expresar la última voluntad, cansáronla un tanto; y necesitó dirigirse á su lecho y demandarle breves minutos de reposo. Tendióse, pues, en él, mientras sus damas, las últimas compañeras de su vida, puestas en su presencia de hinojos, cual en presencia de un altar sublime ó de una efigie sacrosanta, rezaban á una y en coro. Sus ojos tan serenos se cerraron por algunos minutos antes de cerrarse para siempre, y un ligero sueño, reparador de la vida, preparóla para el eterno sueño de la muerte. Sin embargo, en la serenidad cuasi divina de su rostro, veíase cómo se acercaba el alma interior á las serenas cumbres de la eternidad; y en el movimiento de sus labios vibrantes notábase también cómo aquí, en la ribera tristísimas del mundo, comenzaba la plegaria que iba indudablemente á continuar en los esplendores del cielo. Aquel bautizo de sangre, aquel holocausto en aras de implacables odios ofrecido, aquel martirio sublime de tal suerte redimieron á María Estuardo, que parecen las enormes faltas de su vida perpetradas adrede con ánimo de mostrar cuánto redime y eleva y santifica un alma oscura el resplandor sublime de una buena muerte.

Por la eficacia del sacrificio los ángeles del cielo tañen sus cítaras de oro en torno de esta sublime agonía, mientras los severos historiadores del mundo arrojan sobre sus crímenes un perdón generoso por haberlos rescatado todos la hora suprema de su muerte. La maldición que le apercibía la posteridad se trueca en bendiciones, y los mayores poetas del Protestantismo y de la democracia, escriben dramas en loor de esta heroína de la monarquía y del catolicismo. Isabel, su verdugo, reina de los gabinetes de la política, en las esferas frías donde se mueve la razón de Estado, entre los hombres de gobierno; mientras María Estuardo, la víctima, reina en las imaginaciones exaltadas, en las naturalezas sensibles, en las almas tiernas, en las esferas luminosas de la poesía y del amor.

Al amanecer se levantó, y como dieron las seis en el reloj, dijo que ya solamente le quedaban dos horas de vida. Lo primero que hizo, después de levantada, fué designar el pañuelo, que debía cubrir sus ojos y el vestido conque iba por fin á presentarse delante del verdugo. Por un resto de coquetería, y para que no se desmienta el carácter ni á la hora suprema de tan extraordinaria muerte, aderezó María sus galas de difunta, cual si en vez de presentarse al verdugo sobre un patíbulo, fuera, como en los días de su juventud, á presentarse ante los primeros Reyes de la tierra bajo las bóvedas del Louvre. Vestida ya, y á manera de Reina, mandó leer su testamento en presencia de todos sus servidores, á quienes confió las cartas últimas que había escrito y los últimos encargos que había hecho para los poderosos del mundo. Las postreras prendas que le quedaban, sus anillos, sus pendientes, sus alfileres, las joyas preciosísimas con que tantas veces había prendido sus vestiduras y adornado sus gracias, las repartió entre los suyos proporcionalmente al par de algunos diminutos bolsillos, donde había encerrado en pequeñas distribuciones los cinco mil escudos que le quedaban, resto postrero de su regia y colosal fortuna. En esta operación tristísima, en este reparto de todos los despojos de su existencia, en esta desligación y corte de los últimos lazos que la ceñían y ataban á la vida, en esta hora suprema; cuando cortaba el cable con que nuestro cuerpo se halla unido á la tierra para hundirse, joven todavía, en la eternidad; ni un gesto de disgusto, ni un asomo de miedo, ni un estremecimiento de terror, ni una sacudida siquiera de nervios, como si en vez de irse á morir, fuese tan sólo á natural mudanza de hogar en los continuos metamorfoseos de la vida. Sus verdugos consintieron, por fin, que se le dejase un altar, aunque no habían consentido en dejarle un confesor, arrebatado finalmente á su agonía. Hincóse al pie del ara, y recitó las oraciones de los moribundos, encomendando su alma con fervor á Dios. Sumergida estaba en los apocalípticos pensamientos que despierta la consideración del último juicio; sus ojos absortos se fijaban, como si quisieran adivinarlos, en los misterios de la eternidad que le aproximaba con su sonido siniestro la campana de los altos torreones, resonando en sus oídos á manera de sobrenaturales voces; y no había rezado todo el oficio de difuntos, cuando llamaron á la puerta y la requirieron para que se apresurase,



pues iban á dar las ocho, suprema y última hora de su trágica existencia. María observó que no estaba concluido el rezo comenzado, y pidió varios momentos de respiro. Pocos le concedieron, pues pasados algunos minutos, entró el *schérif* para notificarle, sin vacilación, que todo estaba pronto. María se volvió con majestuoso continente y encaminó sus pasos al patíbulo. Entonces uno de sus servidores cogió místico crucifijo de marfil, colocado sobre las aras de aquel sublime altar, y se lo acercó á los labios, que lo besaron fervorosos, y después de haberlo besado mandó María que lo llevaran delante de su persona viva cual si ya estuviese acabada y muerta. Siguiéronla en tropel sus servidores, dando alaridos, como si creyeran ablandar el corazón de sus verdugos, al mismo tiempo que desahogaban su propio corazón; pero, al llegar al fin de los departamentos y al comienzo de la escalera que ligaba el piso de su calabozo con el piso inferior donde habían levantado el patíbulo, los oficiales de la corona y los Lores de la nación mandados allí para presenciar y testificar el terrible acto, aparecieron fríos como estatuas, severos como la triste razón de Estado, indiferentes como la letra muerta de las leyes, vestidos rigurosamente de etiqueta cual si fuesen á una fiesta, contrastando con su serenidad y con su paz británicas, el llanto y el dolor de la servidumbre escocesa, sumergida toda ella en lágrimas y profiriendo alaridos mayores á medida que se acercaba con más firme paso la hija de sus Reyes á las tablas de su patíbulo. Para cortar aquel horroroso espectáculo decidieron Lores y oficiales que no pasase la servidumbre del primer peldaño de la escalera. María se despidió de todos, aunque ninguno quería dejarla partir, y muchos se precipitaban á sus piés, como para cortarle con sus cuerpos el paso é impedirle así la proximidad al suplicio. Pocas veces había estado aquella hermosísima mujer tan hermosa. Aun los que con peores ojos la miraban dicen como los había subyugado con su porte tranquilo y su soberana majestad. La luz de su vida lanzaba los más vívidos resplandores en la hora de su ocaso como las estrellas. La dulzura femenil había prevalecido sobre todos sus sentimientos y parecía compadecer á los que ordenaron su muerte y á los que iban á matarla. Su libro de rezos en la diestra, su crucifijo de marfil en la siniestra mano, su traje de brocado violeta en el cuerpo, su corpiño de raso negro en la cintura, su collar de oro á la garganta, sus rosarios á un lado, su manto negro rozagante y recamado de blanco armiño, el cuello alto de rica blonda, las mangan perdidas rozándole con el extremo de la vestimenta, el velo blanco y transparente que la envolvía, dábanle como aspecto de una sacra efigie que volviese de un panteón á la vida, ó de una regia martir que se levantase con todos los esplendores del poder en los limbos de la muerte, representando en verdad algo de tan extraordinario y extraño como aquella extraña y extraordinaria catástrofe.

En la escalera encontró al jefe de su casa, y dióle, como encargo último, el anunciar la muerte suya, y ¡qué clase de muerte! al Rey su hijo. Al acordarse del regio unigénito, á quien le había dado con la existencia dos coronas, acordóse de su real ministerio en lo

pasado, y juró por Dios y su conciencia, no haberlo disminuido ni amenguado por modo alguno en la menor de sus altas prerrogativas. Llegada la infeliz al ingreso del salón, reclamó que los suyos la siguiesen y acompañasen hasta el momento postrero de trance tan fatal. Quisieron negarse, pero temerosos de faltar á los más rudimentarios respetos, consintieronle que seis de su servidumbre pasaran. El jefe de la casa pidió el honor de llevar la cola del regio vestido, como en los días de mayor gala y ceremonia; y este honor le fué inmediatamente consentido. Ascendió, pues, María con tanta majestad y desembarazo al patíbulo, donde el verdugo la esperaba, como hubiera podido ascender allá en sus mocedades al elevado solio, donde la esperaba su apuesto y joven esposo el Rey de Francia. Abovedado aquel salón, con estrechas ventanas, tenía una luz crepuscular, muy semejante de suyo al anoecer de la vida. Levantábase dos piés el tablado sobre aquellos pavimentos de granito, y estaba cubierto con negro y burdo tapiz de lana. Veíase á un lado el cojín de terciopelo, donde la Reina había de hincar sus rodillas y el tajo siniestro, donde había de alargar al cuchillo el cuello. Frente á frente de ella alzabase, vestido de terciopelo negro, el verdugo; y al encontrarse cara á cara con él, no dió muestras de repugnancia, ni tampoco hizo gesto alguno de terror. Más viva, más serena, más señora de sí misma, cuando á la muerte se iba tristemente acercando, parecía reinar en el cadalso lo mismo que había reinado en el trono. Sentóse con majestad en sillón que le tenían aparejado, á fin de aguardar allí los últimos preparativos del sacrificio, y diríase que aguardaba una regia ceremonia, según lo majestuoso de su porte y lo tranquilo de su rostro. Los dos lores enviados por Isabel estaban á su derecha en dos taburetes, el verdugo á su frente, el escribano á su izquierda, á sus espaldas la servidumbre, y en torno doscientos señores de las cercanías, contenidos, para que no extremasen su curiosidad y no metiesen ruido, por varios alabarderos armados de relucientes alabardas. Leyeron entonces la fatal sentencia; y María estaba de tal suerte absorta en sí misma, que diríase no haberla oído, como diríase, al verla entrar tan serena, que no había pisado las tablas del cadalso, ni había visto la figura del verdugo. Sin embargo, escuchó, y aun reflexionó, porque, al concluirse la lectura, protestó de nuevo contra la jurisdicción usurpadora de sus jueces, ejercida sin derecho sobre una soberana independiente, y tomó á Dios por testigo, al trance último y supremo, en que no se miente, para decir como jamás conspirara contra la vida de Isabel. Concluida esta justificación terrenal, cruzó las manos sobre su pecho, elevó los ojos al cielo y se puso á rezar los rezos únicos, en verdad, que podían procurarle consuelo y fortaleza en los últimos minutos de su combatida existencia. Mas como quiera que los ánimos del tiempo aquel fuesen todos por igual intolerantes y crueles, no quisieron los caballeros luteranos respetar la conciencia en el momento mismo de acercarse á la eternidad, y la requirieron bárbaramente, por medio de un pastor protestante, á que muriera en el protestantismo, tan repulsivo á su corazón y tan opuesto y